

JOVELLANOS O LA VOCACION EDUCADORA

Dr. Eduardo GONZALEZ MENENDEZ (1)

Presidente de la Real Academia
de Medicina de Asturias y León

I. Pocas personalidades históricas están tan arropadas por la aureola del prestigio como la de don Gaspar Melchor de Jovellanos. Es cierto que era esta una de sus máximas preocupaciones, porque no en vano dijo que, «después de la salvación del alma, lo más importante para el hombre es su fama». Y parece como si todo cuanto hizo y escribió lo hiciera no sólo ante los ojos de Dios, sino ante los de la historia. La posteridad la viene analizando y en general ensalzando con más justicia que la de sus contemporáneos.

-
- (1) El Profesor Doctor Eduardo González Menéndez, conocido médico escritor asturiano, nacido en Gijón en 1922, destaca por sus frecuentes intervenciones en Congresos y actividades científicas nacionales e internacionales. Aún acaba de realizar un importante viaje a Norteamérica y celebrado sesiones y encuentros, entre otros sitios en la Universidad de Santa Bárbara, de California, con motivo de la próxima segunda edición de su obra MICOSIS PULMONARES. Tiene publicados más de ciento cuarenta trabajos.

Ingresó en el Cuerpo de Directores de la Lucha Antituberculosa del Estado con el número 1 de su oposición. Ocupó la plaza de Director del Hospital Nacional de Enfermedades del Tórax «Monte Naranco», de Oviedo, hasta 1985.

Ha sido Presidente del Colegio Médico de Asturias, Vicepresidente Primero del Consejo General de Colegios Médicos y representante de dichos Colegios en las Cortes, todo ello por elección de sus compañeros.

Asimismo ha sido Catedrático Contratado de la Universidad de Oviedo y honorario de la Escuela Universitaria de Enfermería, en la que actualmente sigue impartiendo clases.

Desde 1972 es Académico Numerario de Medicina y Presidente de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Asturias y León, elegido por unanimidad.

Es miembro muy destacado del «American College of Chest Physicians», sociedad internacional de enfermedades del tórax.

Recientemente ha sido nombrado miembro de la Academia Internazionale IBLEA de Letras, Ciencias y Artes de Ragusa, Italia.

En posesión del título profesional de Periodista, además de su frecuente colaboración en periódicos y revistas, es asiduo conferenciante, tratando diversos temas de Humanidades y Medicina Social, con independencia de su habitual colaboración en las revistas científicas y especializadas y participación en reuniones científicas.

Pertenece, entre otras, a la Sociedad de Médicos Escritores, a la de la Historia de la Medicina, de la que es miembro fundador, a la de Patología Respiratoria y a la Nacional de Cardiología, de la que también es miembro fundador.

Uno de sus más concienzudos estudiosos, don Julio Somoza, dice que la vida de Jovellanos es ejemplar y, como tal enseña a todos, principalmente a los españoles, lo que más nos importa: moderación y templanza en el lenguaje; prudencia en la conducta; respeto a la virtud, amor al trabajo y al estudio; freno a las pasiones (harto desmandadas en el día) y utilidad provechosa en el empleo de la vida.

Pero no es sólo el ejemplo de su vida lo que supone en Jovellanos la más admirable lección, sino que cada una de aquellas parcelas del pensamiento que fueron objeto de su atención recibieron tan singular acierto en el trato que han quedado como pauta magistral de buen sentido y de sabiduría.

Jovellanos, como paradigma del hombre de su tiempo, el hombre de la ilustración, nos recuerda mucho al «uomo universale» del Renacimiento, diestro en todas las artes. Jovellanos tiene una cultura asombrosa y un recto criterio de verdadera antología. Es por definición un hombre culto y es asimismo un hombre sensato. Cuando la cultura, el conocimiento y el saber se asocian a la rectitud y la honestidad en tan excelso grado estamos en presencia de uno de los más esclarecidos pensadores de todos los tiempos y hemos de hacer nuestras aquellas ideas de Marañón al hablar de tan insigne patricio: «Los que vivimos en el mundo universitario y académico o simplemente los que manejamos con frecuencia la pluma, con la aspiración de contribuir a la gloria de España y a su porvenir mejor, tenemos el deber de dedicar a su memoria el elogio que cada cual, en la medida de sus fuerzas, le puede ofrecer».

Hay hombres que estudian a Jovellanos por oficio y en esa línea se inscriben ensayistas insignes como el citado Somoza, nuestros contemporáneos Caso González, Manuel Avello, Casariego, Jesús Martínez Fernández, Gómez de la Serna, etc., pero los hay también que, sin ser investigadores oficiales de alguna parte concreta de la vida o de la obra del máximo gijonés, se sienten atraídos en tal forma por el influjo de su personalidad y de su ideario que le buscan en sus trabajos y en el brillo de su luminosa trayectoria. Al examinar la obra de don Gaspar parece ponerse en pie ante nuestros ojos su poderosa vocación educadora y a ella nos vamos a referir.

Cuando nace Jovellanos en Gijón, faltan seis años para la mitad del siglo XVIII. Es el 5 de enero de 1744. Cuando tiene Jovellanos 45 años, en 1789, se produce la Revolución francesa, y en 1790 se inicia para él el llamado «provechoso destierro» en que da rienda suelta a las ideas que alimentaban su vocación educadora.

Como dice Gómez de la Serna, con la muerte de Carlos III y poco después las primeras consecuencias de la Revolución francesa cambian de rumbo las estrellas de Jovellanos y de todos los ilustrados. El 5 de abril de 1790 emprende su viaje a Salamanca y allí empieza el desarrollo de uno de sus temas preferidos, ya preparado desde atrás, que fue la reforma de la enseñanza. Carlos IV le nombra visitador general de los Colegios de las Ordenes militares de Salamanca y allí empieza a aplicar sus ideas sobre la reforma aludida. El Reglamento para el gobierno económico, institucional y literario del Colegio de la Inmaculada Concepción de Salamanca fue publicado por el Profesor Caso González, quien manifiesta que esta obra es



DR. EDUARDO G. MENENDEZ

una de las más importantes de Jovellanos, «comparable e incluso superior al famoso Informe en el expediente de la Ley agraria».

Es de destacar cómo Jovellanos aborda con especial modernidad la fundación rectora del Colegio y manifiesta que la autoridad del Rector ha de entenderse «como un ministerio de dirección y caridad y no una potestad de señorío y opresión». También alude para los colegiales a la «honesta libertad de preguntar, argüir y replicar, que es inseparable del deseo de alcanzar la verdad». Lo más interesante se refiere sin duda a la planificación de los estudios. Las Humanidades son consideradas «básicas, comunes y previas» a otras enseñanzas. «El buen gusto, la buena y sana crítica, el exacto y preciso estilo de hablar y de escribir, el discernimiento de las doctrinas y opiniones, el amor a los buenos libros y el hastío y el horror a los malos, penden casi del todo de este estudio preliminar, base y fundamento de todos los demás».

Pero las mejores ideas de don Gaspar sobre la enseñanza son las elaboradas unos años después para plasmar en realidad el Real Instituto Asturiano, en cuya Oración inaugural, con independencia de las invocaciones al estudio y a la gratitud hacia el Rey, señala que «así como el valor es el principal soporte de la seguridad pública, el amor al trabajo es la primera fuente de la felicidad individual». Explica cómo pasó la humanidad la larga noche de la superstición y la ignorancia, y cuál ha sido en ese paso el retraso de España. Toda la doctrina de Jovellanos es un equilibrio entre la razón y la fe, entre las ciencias llamadas por él intelectuales (filosofía, teología, etc.) y «el grande objeto de los buenos estudios..., los conocimientos útiles para perfeccionar las artes lucrativas, para presentar nuevos objetos al honesto trabajo, para dar nueva materia al comercio y la navegación, para aumentar la población y la abundancia y para fundar sobre una misma base la seguridad del Estado y la dicha de sus miembros».

Las ideas de Jovellanos en este discurso se adelantan 150 años a su época. Gómez de la Serna destaca que «hay un par de párrafos en que Jovellanos, pisando ya el umbral de la ciencia y de la tecnología, que hará su gran escalada en el mundo contemporáneo ciento cincuenta años más tarde, parece también adelantarse otro tanto a las graves preocupaciones y peligros de deshumanización y aniquilamiento que embargan a un hombre de hoy ante su propio poderío científico y tecnológico; y así se pregunta: «Pero estos dones preciosísimos dados al hombre para conocer la Naturaleza y poseerla, ¿serán convertidos por su orgullo en instrumentos de opresión y de ruina?... Reconozcamos, pues, que, no teniendo otra superioridad que la de nuestra razón, si por ella dominamos la naturaleza, debemos dominarla también según ella».

En el Real Instituto Asturiano se vuelca Jovellanos con su programa, su plan de estudios y todo tipo de atenciones. El 13 de enero de 1794 es su inauguración y desde esa fecha no falta un sólo día a clase, ayuda a su hermano como director del mismo y marca un modelo de cómo debe organizarse un centro académico de este nivel. Don Gaspar como promotor y don Francisco de Paula, su hermano, como director, entregan todo su trabajo, su celo y su amor a la idea de la enseñanza con la energía vital de toda su vocación educadora.

Pero esta vocación no puede considerarse independientemente de

toda su obra literaria y política. En el pensamiento de Jovellanos, que palpita en sus obras doctrinales, muestra con su profunda cultura y perfecta honradez de juicios una penetrante visión de los problemas y un afán pedagógico de instrucción y aleccionamiento. Aun sin proponérselo, siempre que habla enseña y siempre que enseña lo hace con persuasión y alta categoría intelectual. En cuanto dice tiene tacto, honestidad a toda prueba, amor a la moral y al recto criterio sobre las cosas. Jovellanos es, por definición, un educador, y toda su obra está empapada de un sentido docente, pedagógico e instructivo.

Posiblemente es este uno de los aspectos más peculiares de su personalidad, el que más irrita a sus enemigos y el que mayor admiración despierta en quienes se inscriben en la línea de su bondad y amor al bien, a la rectitud de conciencia y a la caridad práctica con sus semejantes.

Sin santurronerías ni citas bíblicas, a veces tan manidas como huecas, su ideario se nutre de austeridad y preocupación por la aplicación de los principios científicos a la vida real y a los problemas de cada día. Es un sentido lleno de pragmatismo y de buen talante. Por eso Prieto Bances dice que el relieve de Jovellanos en vez de ir desapareciendo con el tiempo se acusa cada día más; su valor crece y raro es el año que no es objeto de una tesis doctoral, un libro o un artículo y se le cita constantemente hasta en los más breves manuales. El propio profesor Prieto Bances, en el prólogo que dedica a la obra «Jovellanos», de José María Palacios, dice lo siguiente: «Una prueba de esta estimación mundial la hemos tenido recientemente. En la última guerra, las bombas alemanas incendiaron el palacio de Lord Holland en Londres; se creyó que se habían perdido las cartas dirigidas por Jovellanos a su ascendiente; por fortuna no fue así. La aristocracia inglesa custodia sus archivos con interés ejemplar y los Holland los habían trasladado oportunamente a una granja lejana de la zona de peligro. Gracias a la intervención del ilustre catedrático don Pablo de Arcárate se supo en Asturias que las cartas se habían salvado y se empezaron las gestiones para adquirirlas, pero —añade Prieto Bances— llegamos tarde: el Museo Británico se había adelantado. Dentro del sentimiento de no verlas en la casa de Gijón convertida en museo jovellanista, tuvimos el consuelo de saber que están a buen recaudo y en realidad hoy el Museo Británico no pertenece a Inglaterra sino que es un sagrado depósito de la cultura universal, abierto a todos los investigadores. Por otra parte, el hecho de haberse apresurado el Museo Británico a recogerlas es el mejor homenaje a su memoria.»

II. No sería propio de este momento ni de la finalidad del presente trabajo hacer un extracto del ideario de Jovellanos sobre la instrucción pública, pero es necesario destacar que, como dice su exégeta y pariente el Doctor Francisco Cienfuegos, —mi ilustre colega, paisano y gran amigo— la preocupación máxima en la vida de Jovellanos, el centro alrededor del cual giraron siempre sus actividades, y que constituyó el objetivo y fin principal de su existencia, fue precisamente la instrucción pública. «Para mí la instrucción —escribía a Floranes— es la primera fuente de toda prosperidad social, y a la demostración y persuasión de esta verdad están consagrados mi celo, mis luces, mi tiempo y existencia».

Jovellanos se enfrenta a su entorno, presidido por la superstición y la ignorancia, con un llamamiento hacia el bienestar que reporta la educación.

«¿No es la instrucción la que desenvuelve las facultades intelectuales y la que aumenta las fuerzas físicas del hombre? Su razón sin ella es una antorcha apagada; con ella alumbrá todos los reinos de la naturaleza y descubre sus más ocultos secretos y los somete a su albedrío. Ella le descubre, ella le facilita todos los medios de su bienestar, ella, en fin, es el primer origen de la felicidad individual».

Se muestra un defensor del estudio de los trabajos y experiencias ajenos, ya que mantiene que «la observación y la experiencia son las primeras fuentes de los conocimientos humanos, pero este medio sobre insuficiente es lentísimo; no así comunicando con otros hombres. Entonces, sobre los conocimientos debidos a su propia observación y experiencia, adquirirá por comunicación los que han adquirido sus semejantes». «Una vez formadas las ciencias, ya no pueden adquirirse más que por medio de la enseñanza». «Porque las ciencias no son otra cosa que un depósito de todas las verdades que la observación y la experiencia han descubierto desde los tiempos más remotos, y por ellas un hombre puede lograr en pocos años cuanto alcanzaron Euclides en la matemática, Cicerón en la ética, Newton en la física y Casini en la astronomía».

Hay unas cuantas máximas del pensamiento de Jovellanos que merecen ser recordadas como ideas relampagueantes de un recto criterio lleno de sabiduría y exactitud.

«En la vida del hombre hay una edad destinada a la instrucción y otra para la acción: una para adquirir la verdad y otra para actuar según ella.»

«Hay una instrucción que conviene a los jóvenes y otra que es propia de los adultos, porque el camino de las ciencias es largo y apenas basta la vida del hombre para adquirir completamente una sola verdad. Las verdades elementales pertenecen al joven, formando parte de su educación. Las demás verdades, que forman el fondo de cada ciencia, están reservadas al estudio y meditación del hombre adulto».

«Todas las clases sociales tienen derecho a ser instruidas». «Lo tienen porque la instrucción es para todos un medio de adelantamiento, de perfección y felicidad, y lo tienen porque si la prosperidad del cuerpo social está siempre en razón de la instrucción de sus miembros, la deuda de la sociedad para ellas será igual para todas, y se extenderá a la universalidad de los individuos».

«Obsérvese que la utilidad de la instrucción, considerada políticamente, no tanto proviene de la suma de conocimientos que un pueblo posee, ni tampoco de la calidad de estos conocimientos, cuanto de su buena distribución. Puede una nación tener algunos, o muchos y muy eminentes sabios, mientras la gran masa de su pueblo yace en la más eminente ignorancia. Ya se ve que el tal estado de instrucción será de poca utilidad, porque siendo ella, hasta cierto punto, necesaria a todas las clases, los individuos de las que son productivas y más útiles serán ineptos para sus respectivas profesiones, mientras que sus sabios compatriotas se levantan a las especulaciones más sublimes. Y así vendrá a suceder que en medio de una esfera de luz y sabiduría, las fuentes de la prosperidad pública yacerán en las tinieblas de la ignorancia.»

«El hombre vale lo que sabe; pero no vale más el que sabe más, sino el que sabe mejor. Aquél podrá tener mayor número de ideas; pero éste

tendrá mayor número de ideas buenas y éstas valen más que aquéllas. Por eso se dijo que hay burros cargados de letras.»

«La ciencia es sin disputa el mejor, el más brillante adorno del hombre, especialmente en las ciudades de enseñanza. En otras poblaciones, la gallardía, el lujo y los talentos frívolos, roban por lo común la atención y los ojos de los jóvenes; pero en éstas, nada es estimable, nada bien visto que no tenga relación con los estudios y las ciencias.»

«¿No es un dolor ver hombres de gran mérito científico, que apenas saben hablar su lengua, y escribir con orden y método, desde el punto que se los saca de sus áridas fórmulas? Pues yo deseo que mis matemáticos contraigan los principios y el uso de un buen estilo didáctico, para que consultando, informando, proponiendo, escribiendo, pueden dar orden y claridad a sus ideas.»

«La ignorancia siempre es ciega. No conoce el bien para seguirle ni el mal para evitarle. Deja de hacer muchas cosas por temor de hacerlas mal. Y cuando quiere obrar ni sabe buscar caminos nuevos, porque no los conoce, ni huir de las sendas comunes y trilladas porque desconoce los errores y males a que le han conducido. La preocupación, su inseparable compañera, levanta a todas horas el grito contra toda novedad, sin examinar si es útil y declara continuamente en favor de las máximas rancias, por más que sean erróneas y funestas. Ambas prefieren el mal conocido al bien por conocer.»

«Donde falta la instrucción no hay opinión pública, porque la ignorancia no tiene opinión decidida, y los pocos que saben, bien o mal, dan la suya a los que no la tienen. Desde entonces la opinión pública está, por decirlo así, al arbitrio de estos pocos.»

«Si toda la riqueza de la sabiduría está encerrada en las letras, si a tantos y tan preciosos bienes da derecho el conocimiento de ellas, ¿cuál será el pueblo que no mire como una desgracia que este derecho no se extienda a todos los individuos?»

«Sé que sólo se pueden esperar buenos discípulos de buenos maestros, y que no se pueden esperar buenos maestros sin buenas dotaciones.»

«Estoy muy lejos de erigirme en censor de mis contemporáneos; pero tratándose de la educación pública de una nación humana y generosa, quisiera que sus hijos, preciándose de ser españoles y católicos, no se olvidasen jamás de que son hombres... Por lo mismo que su imperio se extiende por todo el ámbito del globo, quisiera que mirasen como hermanos a cuantos viven en él. Quisiera, en fin, que, sirviendo lealmente a su Patria, no perdiesen jamás el vínculo que les une a toda su especie, ya que a su perfección y felicidad deben concurrir a una todos los pueblos y todos los hombres.»

«Para acercar las naciones unas a otras es precisa la comunicación de ideas y ésta necesita la paz general.»

«La prudencia y la moderación son las virtudes morales que deben refrenar el ímpetu del indiscreto celo por el bien común. El patriotismo guiado por ellas examinará con reposo todos los objetos a que puede aplicarse.»

«El pueblo jamás profesa amor a su gobierno, nunca le hace justicia y siempre halla culpas o faltas en los que lo componen. Pero estos juicios no hacen de malignidad suya; le vienen siempre de la ajena. Le vienen de los

que, aspirando a mandar, tienen gran interés en desacreditar a los que mandan.»

«¡Venturosos vosotros si en medio de la depravación de un siglo en que la superstición y la impiedad se disputan el imperio de la sabiduría, siguiéreis el único camino que ella señala a los que quieren conducir a su templo! ¡Venturosos si le hallareis en el estudio de la naturaleza y en la contemplación del alto fin para que fuisteis colocados en medio de ella! Entonces podréis convencer con la razón y con el ejemplo a aquellos hombres tímidos y espantadizos que, deslumbrados por una supersticiosa ignorancia, condenan el estudio de la naturaleza, como si el Creador no la hubiese expuesto a la contemplación del hombre para que viese en ella su poder y su gloria, que predicán a todas horas los cielos y la tierra.»

III. Sería interminable la enumeración de sentencias o reflexiones en las que Jovellanos dio pautas de incalculable valor, por eso Angel del Río dice que es la «educación, en la que merece ocupar Jovellanos, tanto por sus obras teóricas como por las realizaciones prácticas, uno de los primeros puestos entre los grandes maestros y tratadistas españoles».

«Pero, como dice Marañón, el ideal supremo que alentaba en el alma magnánima de Jovellanos era otro, mucho más elevado que sus reformas, con ser éstas admirables. Su sueño fue mucho más ambicioso: a saber, el restablecimiento de la concordia entre los españoles, después de tantos siglos de guerras civiles y de pugnas ideológicas...»

Sobre todo su programa educativo y su inmensa vocación de repartir el bien de sus consejos y su ideario, Jovellanos hacía aletear su acrisolada fe, viva y operante... Era la fe de «aquella alma heroica y hermosísima (quizá la más hermosa de la España moderna)», según dijo con palabras preciosas don Marcelino Menéndez y Pelayo, «alma en la que nunca ni por ningún rescuicio penetró la incredulidad».

Hace diez años, con motivo de mi ingreso en la Sociedad de Médicos Escritores –para cuya ilustre corporación se me había elegido unos años antes– pronuncié mi discurso preceptivo sobre la «Sorprendente actualidad y vigencia del pensamiento de Jovellanos». Sin otras pretensiones que la de rendir modesto, pero muy sentido homenaje a mi ilustre paisano, me atreví a ser intruso en el terreno de los cronistas de Jovellanos para destacar la oportunidad de la gran mayoría de sus ideas. Fue un modo de bajar al Jovellanos que yo conocí como «un hombre de estatua» cuando ingresé y estudié los primeros años de Bachillerato en el Real Instituto que en Gijón lleva su nombre, y tantas lecturas y meditaciones sobre don Gaspar me llevaron a familiarizarme con él como con alguien de la propia progenie... He de confesar que siento gran admiración por todo cuanto hizo y el gran talante con que supo llevar las afrentas y persecuciones. Si algún día le preocupó el concepto que la posteridad podría formar de su biografía y sus trabajos, he sentido la inclinación vehemente de hacerle la justicia de reconocer y exaltar sus méritos, enorgullecerme de su paisanaje y considerarle siempre, con Laín, el máximo gijonés.

Y es que además la vocación educadora de Jovellanos trasciende más allá de su muerte. Entre tantas de sus ideas sobre el trabajo, las artes, la sociedad, la justicia, la enseñanza, la libertad, la instrucción pública o la política en sus diversos aspectos, parece oírse el eco de aquellas palabras

definitorias en el interrogante: «¿Por qué fatalidad se cuida tanto de hacer a los hombres sabios y tan poco de hacerlos virtuosos?».

O aquella consideración que parece escrita para nosotros, aquí y ahora: «Si en el entusiasmo del reconocimiento algún tierno recuerdo despertase a la memoria de los débiles esfuerzos de mi celo por vuestro bien que ahora me consume, entonces mis yertas cenizas, que no reposarán lejos de vosotros, recibiendo el único premio que pudo anhelar mi corazón, os predicarán todavía, desde el sepulcro, que estudiéis continuamente la naturaleza, que sólo busquéis en ella las verdades útiles, y que consagréis toda vuestra aplicación, toda vuestra sabiduría, todo vuestro celo al bien de vuestra patria y al consuelo del género humano».

Cuando se alzan, entre las estrofas de «Asturias, patria querida», un hondo sentimiento de amor por las esencias y los tesoros de la tierra vernácula, se agiganta la figura de Jovellanos como educador de las generaciones que han venido existiendo después de él, desde aquel 27 de noviembre de 1811 en que dejó de existir. Su máxima lección fue su amor a Asturias, su rectitud moral y su vocación de dar a todos ese pan espiritual y tierno de la educación y salvar a nuestro pueblo del mar de la ignorancia.

Nadie juzgaría hoy excesiva una norma genérica de las autoridades rectoras de la Educación en nuestra región, llevando a la práctica lo que ya hace quince años pedía mi siempre recordado gran amigo el profesor don Ramón Prieto Bances cuando escribía que además de la Cátedra Jovellanos en la Universidad de Oviedo «yo propondría también colocar su retrato en todas las escuelas de Asturias». «Podrían hacerse fotocopias del maravilloso retrato de Goya. Basta mirarlo con atención para comprender toda la personalidad del gran prócer gijonés. El noble pincel de Goya inmortalizó la elegancia, la distinción y hasta el espíritu del caballero hidalgo, gloria de Asturias y de España entera. En el retrato –sigue diciendo Prieto Bances– se trasluce la magnitud de su alma capaz de sobreponerse y otorgar el perdón a los mal nacidos que le prodigan insultos soeces y plebeyos».

Dice Marañón, y yo lo recordé alguna vez al hablar de Jovellanos, que Goya, que era ante todo un gran historiador, como lo eran todos los grandes pintores, al retratar a Jovellanos le pintó «sin carácter, soso, como por compromiso», aún cuando los compromisos de Goya fueran siempre geniales. Y es que a estos hombres extraordinarios, de paso entre dos siglos, los contemporáneos, incluso los geniales como Goya, no los perciben con claridad. Sólo los ojos del futuro los pueden comprender.

Analizada la iconografía de don Gaspar Melchor de Jovellanos y cotejados los rasgos físicos con los morales que se desprenden de su biografía y sus escritos, vemos en Jovellanos el semblante del buen consejero, cerebral, justo, preciso, estudioso, de altísimo nivel intelectual, en armonía con un corazón comprensivo y perdonador de sus enemigos, inquieto por sus semejantes, sereno ante la adversidad, temeroso de Dios, pero seguro de su misericordia... Lejos por igual de la superstición de los necios y del agnosticismo de los suficientes, pero tolerante con todos, equilibrado, magnánimo, patriota y universal. «Jovellanos es un producto del siglo XVIII con mentalidad del XX», según dice Francisco Cienfuegos. Tan eficaz iniciativa como la de colocar en cada escuela su retrato de Jedraque, por Goya, sería la nueva edición, en una tirada amplísima, de la antología

publicada por Francisco Cienfuegos y patrocinada por el Ilustre Ayuntamiento de Gijón al inaugurarse la Casa Museo, en 1969, para que esta obra fuera lectura de centros de enseñanza, documento de cultura para los visitantes de Asturias y una especie de breviario entrañable para los asturianos todos.

En esa antología admirable se lee, como contraportada, un pensamiento del sabio gijonés: «La vida del hombre es breve y más breve todavía el periodo que puede destinarse a la instrucción. Por tanto, cualquier cosa que pueda conducir a economizar sus momentos, cualquiera que facilite los medios de la instrucción, debe buscarse ansiosamente por cuantos se interesen en la pública prosperidad, dependiente de ella».

Estudiar y aprender para Jovellanos era orar. Enseñar el bien y rezar, una misma cosa. Acaso instruir al que no sabe resultaba para él un mejor modo de rezar. Por eso Jovellanos es, por antonomasia, la vocación educadora.

JOVELLANOS
GOYA
Pintado en
Jadraque. 1808.

